

# EL COMERCIO.

Año XXXVIII.

Miércoles 17 de Marzo de 1880.

Num. 13.202.

CADIZ 17 DE MARZO,

La discusión de estos días en el Senado ha venido á poner en claro lo que ya po liamos saber todos, en vista de la que antes habia tenido lugar en el Congreso: que aquí no ha habido ni hay motivo fundado de hostilidad ó de guerra entre el general Martínez Campos y el Sr. Cánovas del Castillo: que lo que ha habido y hay es el desacuerdo natural, necesario, inevitable entre dos opiniones, entre dos puntos de vista diferentes, respecto á las reformas que puedan y deban plantearse en la isla de Cuba.

Dado este desacuerdo que era y es consecuencia, no de móviles interesados y pequeños, no de rivalidades personales y mezquinas, sino de la gravedad inmensa de cuestiones que envuelven problemas muy áridos y muy difíciles de resolver con acierto, la conducta del señor Cánovas respecto al general Martínez Campos, y la del general Martínez Campos, respecto al Sr. Cánovas hasta el día mismo en que surgió la crisis de Diciembre, ó mejor dicho hasta el día mismo en que se dió solución á aquella crisis, nada tienen de vituperable, nada que no se ajuste estrictamente á los principios de rectitud y lealtad que debían presidir recíprocamente á las relaciones políticas y personales entre dos hombres públicos de tan reconocida importancia.

Hasta la paz de Zanjón estuvieron en perfecto acuerdo el general Martínez Campos y el gobierno, á cuyas órdenes prestaba servicios importantísimos en Cuba el ilustre pacificador de la isla. Las dificultades y los conflictos vinieron con la paz. Había un ejército de cien mil soldados que era imposible sostener: había miles de familias y pueblos enteros que exigían el amparo del gobierno para poder vivir: había impuestos extraordinarios, que gravando exageradamente á la riqueza pública, constituían una carga insoportable para las clases contribuyentes; y en medio de las complicaciones y de los peligros de aquella situación, había que resolver la cuestión de esclavitud, había que plantear las reformas políticas ofrecidas al país, había que hacer tres ó cuatro elecciones generales, la de ayuntamientos, la de diputados provinciales y las de diputados á Cortes y senadores.

¿Quién puede extrañar que en algo de lo mucho que era preciso hacer para reorganizar política y económicamente la isla de Cuba, el criterio del general Martínez Campos y el criterio del gobierno no estuviesen completamente de acuerdo? Y no lo estuvieron efectivamente respecto al punto importante, importantísimo de las reformas económicas. El general Martínez Campos en cuyo ánimo pesaban mucho los clamores de la opinión, juzgaba de absoluta necesidad rebajar considerablemente la contribución directa y otorgar concesiones arancelarias para compensar en parte los perjuicios materiales que iba á ocasionar la abolición de la esclavitud. El gobierno á su vez consideraba que esas reformas iban á dejar indotado el presupuesto de la isla, iban á producir un déficit cuantioso, iban á hacer imposible el arreglo de la deuda, iban á crear dificultades insuperables al tesoro de la Península, iban á dar armas á los enemigos de España para promover una nueva insurrección en la esperanza de que faltasen recursos y hombres, por consiguiente, para sofocarla.

¿No respondía este desacuerdo por una y por otra parte á intenciones y propósitos perfectamente compatibles con los sentimientos de patriotismo de que estaban animados, lo mismo el gobierno que su digno representante en Cuba?

Pues bien, ¿qué se quería que hubiese hecho en aquel caso el Sr. Cánovas? ¿Renunciar á su criterio propio y aceptar, en lo relativo á las reformas económicas, un criterio ajeno que su razón y su conciencia rechazaban? Esto no podía ni puede nunca exigirse á ningún hombre de Estado. ¿Separar al general Martínez Campos del gobierno general de la isla? Esto habria sido un acto impolítico, una gran imprudencia, una verdadera temeridad.

El Sr. Cánovas optó por lo que menos inconvenientes ofrecía. Llamó á Madrid al general Martínez Campos, y le llamó con el deseo de que le reemplazase en la presidencia del Consejo de ministros, y le llamó con la esperanza de que una vez puesto al frente del Gobierno, y tocando por sí mismo la dificultad inmensa de ciertas soluciones, pudiese dar al problema una solución conveniente, utilizando en bien del país su popularidad y su prestigio.

¿Qué hay aquí que revele ambición, egoísmo ó mala voluntad hacia el eminente patriota que tantos servicios acababa de prestar? El general Martínez Campos vino á Madrid, surgió la crisis de Marzo, aceptó el encargo de formar gobierno, y él mismo designó sus compañeros de ministerio, libre de toda presión, y sin que el Sr. Cánovas le hiciese indicación alguna. Pudo el nuevo gabinete haber empezado sus tareas por formular un pensamiento sobre las reformas de Cuba, para que el cuerpo electoral supiese quiénes eran los amigos y quienes los adversarios del gobierno en esa cuestión fundamental de su política; pero el general Martínez Campos no hizo esto, y las elecciones se verificaron en el concepto de que no había disidencia alguna entre el nuevo gabinete y el partido liberal-conservador.

¿Quién tiene, pues, la culpa de lo que después ocurrió? Cuando llegó á plantearse en el Consejo de ministros la cuestión de las reformas económicas, sobrevino natural y lógicamente la disidencia misma que había producido en Marzo el cambio de ministerio, y todas las quejas que se formulan ahora contra el Sr. Orovio y el conde de Toreno por una parte y contra el Sr. Cánovas por otra, carecen de fundamento; porque ni aquellos ni este hicieron otra cosa que mantener sus antiguas opiniones y rechazar lo mismo que habían rechazado ya, como miembros del gobierno, antes de la crisis de Marzo. Hubiera el general Martínez Campos levantado su bandera en el momento mismo de formar su ministerio: hubierase rodeado de ministros que aceptasen plenamente su pensamiento: hubiera dirigido las elecciones con este criterio, y si triunfaba en los colegios electorales, la mayoría que saliese de las urnas le habria facilitado el camino para llegar fácilmente al fin de sus aspiraciones.

Pero lo que se exigía del Sr. Cánovas y de sus amigos era de todo punto irrealizable. Ellos no podían aceptar soluciones que habían creído y continuaban creyendo funestas para el país. ¿Qué hombre público que en algo estime su propio nombre y su propia reputación, abdica en estas materias? ¿Ha abdicado

el general Martínez Campos? ¿Podía ni debía abdicar?

Aquí ha habido y hay dos pensamientos contrarios, dos pensamientos inspirados por motivos de interés público y no por miserables rencillas ni por pasiones personales. Esos dos pensamientos están hoy formulados en el proyecto del Sr. Albacete y en el presupuesto del señor Elduayen. ¿Por qué no se discute estensa y reposadamente el pró y el contra de cada uno de ellos? Esto es lo que pide, lo que reclama la opinión pública, lo mismo en la Península que en Cuba. Hasta ahora no se ha hecho mas que perder el tiempo en estériles é inmotivadas recriminaciones.

Por simpatía y por cariño está el señor vicealmirante Pavia conforme con todas las apreciaciones políticas que en el Senado ha hecho el señor general Martínez Campos. Era de suponer que el Sr. Pavia, inspirándose en ideales nuevos, se declararía de oposición al actual gabinete, porque estimase conveniente que debía sustituir á la política liberal-conservadora otra política; pero el Senado supo que por simpatía y por cariño al Sr. Martínez Campos existen hombres que queman lo que ayer adoraron, abandonan los principios políticos que profesaban sin sustituirlos por otros, y hacen la oposición á sus propias declaraciones, á sus propios actos, á su propia conducta. Con habilidad lo consiguió así el señor ministro de Ultramar, poniendo en grande aprieto al Sr. Pavia para que digera á qué hacia oposición al declararse de oposición al gobierno.

El ex-ministro de Marina no acertó á dar ninguna explicación acerca de las preguntas intencionadas, ni de las dudas habilmente indicadas por el Sr. Elduayen: se limitó á salir del paso como pudo, diciendo que había servido al Sr. Martínez Campos con la misma lealtad con que sirvió al Sr. Cánovas: «lo que tiene, añadió, es que no he sido ministro de los dos á la vez.» Esta frase, sorprendió al Senado por la velada ofensa que envolvía contra personas tan dignas de consideración como el Sr. Pavia, y obligó al Sr. Cánovas á levantarse para pedir sobre ella las convenientes y hasta necesarias explicaciones. Decía el Sr. Presidente del Consejo:

«En cuanto á las visitas que con mucho gusto mío me hacia el señor vicealmirante Pavia, debo decirle que ha sido el que más me ha visitado de todos los ministros (*El Sr. Pavia y Pavia*: Pido la palabra), hasta el punto de que como yo se lo agradecía por su extrema amabilidad, se impuso la obligación de verme, creo que una vez á la semana: que yo no tenía sino motivos de agradecimiento; que jamás hablé á S. S. en aquel tiempo de nada que tuviera relación con su ministerio, como S. S. recordará; que yo no podía prever en aquel momento (si algún día se ocasionaba un disgusto y una crisis) quiénes eran los ministros que habían de tomar un partido, y quiénes los que habían de tomar otro; y que si yo hubiera podido juzgar por meras apariencias de cortesía, quizás hubiese entendido que S. S. en caso de dimisión, hubiera sido de los que mas fácilmente habrían estado á mi lado.

Esto no es que yo censure la libertad de S. S.; lo digo únicamente para demostrar que cuando á S. S. (en quien yo tenía tanta confianza) no le decía nada respecto á aquel ministerio, no se lo había de decir á los demás, en los que no tenía mas confianza. Este es el alcance de mi observación.

Por último: cuando la crisis tuvo lugar en el seno del ministerio, nadie me con-

sultó porque no tenía para que consultarme; ni el señor marqués de Orovio para hacer lo que hizo en nombre de los intereses que representaba (tal es como entendía que debía representarlos), ni S. S. para obrar como obró. Supe los hechos, como lo supo todo el mundo: por la relación que de ellos he leído; y por lo tanto, debe S. S. modificar esa apreciación que había hecho sobre ministros de dos ministerios: no podía haberlos, porque no había tales dos ministerios ni tales dos presidentes del Consejo de ministros; porque yo no me ocupaba absolutamente para nada (como S. S. es buen testigo de ello), y me podía ocupar, tanto como el que mas, de la conducta de aquel ministerio.

Yo no busqué jamás para nada en aquel gabinete, ni al presidente, ni á ningún ministro; y si alguna vez tuvieron la bondad de preguntarme, les respondí amistosamente lo que creía y entendía; pero no ha habido ni habrá jamás un hombre político que menos se mezcle, que menos pretenda influir, que menos influya oficiosamente en un ministerio. Todos los señores ministros tuvieron alguna vez la bondad de consultarme amistosamente algun punto, lo mismo S. S. que otros ministros, que se hallan en la situación de S. S., así lo verificaron; pero lo hacían de una manera puramente confidencial, como se puede consultar á una persona vieja en la política y habituada á los negocios. A todos les dije individual y particularmente lo que me parecía sobre los puntos que me preguntaban; pero no podrá decir S. S., ni tampoco ninguno de los que formaron parte del último gabinete, que yo influyera en él bajo ningún aspecto. Espero, pues, que con estas explicaciones, que S. S. creo confirmará, ha de modificar lo que ha dicho de que entonces había dos ministerios, que entonces había quien era ministro de dos gabinetes.

En cuanto á las últimas palabras que pronunció S. S. recordándonos su carrera y sus servicios, lo único que le puedo decir en defensa de personas ausentes, tan dignas y con tantos servicios y antecedentes como S. S., es, que tenían un perfecto derecho como S. S. para obrar en el sentido que lo han hecho.»

Rectificación del Sr. Pavia:

«El Senado comprenderá lo embarazoso de mi posición teniendo que discutir con un orador tan elocuente como el señor presidente del Consejo de ministros; pero el deber me obliga á ello.

En primer lugar, no he citado ni nombrado persona alguna; he hablado en términos generales. S. S. ha creído deber aludir á algunas personas, y á mi juicio les ha inferido mas daño que el que yo intencionalmente hubiera podido causarles.

Por lo demás, el Senado y el Sr. Presidente del Consejo de ministros comprenderán que si yo hubiera seguido las huellas del Sr. Marqués de Orovio y del señor Conde de Toreno, estaria sentado en ese banco (señalando al ministerial), y la prueba inequívoca de que no las he seguido es que estoy aquí, con lo cual estoy muy contento, porque creo haber obrado bien.»

Réplica del Sr. Cánovas:

«Voy á decir únicamente dos palabras. La primera es, que cuando cinco ó seis personas han tenido que decidirse en una ocasión determinada, y dos ó tres de ellas han tomado un partido, y otras dos ó tres han tomado otro, el decir que cualquiera de ellas ha obrado como ejemplo á tales ó cuales antecedentes, y aprovecha la ocasión para hacerme á sí propio justicia, aunque sea verdadera y estricta justicia, sin que nadie tenga por qué sospechar, ni adivinar, ni ser caviloso, es inferir cierta ofensa. Pero, en fin, esos señores, después de la protesta que ha hecho el vicealmirante Pavia, deben tener entendido que no era á ellos, en poco ni en mucho, á quienes S. S. se refería; y con esto me parece que pueden estar satisfechos. Quede sentado que cuando el señor vicealmirante Pavia ha hecho presente al Senado sus propios méritos y los resplandores de su propia gloria, no quería con esto, ni en poco ni





